

—Convenido,—dijo cuando Mario hubo concluido su explicación.—Mañana por la noche estaré con Clairon en el baluarte de la Cordelería, á las diez. ¡Será gracioso el sainete!

XVIII

Cómo el padre Donadei robó á su alma gemela

Donadei habíase dejado dominar por uno de esos violentos deseos, que se manifiestan á veces en las naturalezas astutas y recelosas. El, tan hábil y prudente como era, acababa de cometer una torpeza. Tuvo conciencia de ello cuando el macero se hubo ya marchado, llevándose el devocionario y la carta amorosa. Desde entonces, vióse obligado á admitir todas las consecuencias de su audacia. Clara le había despertado apetitos, que quería satisfacer, costase lo que costase. Estaba muy por encima de los sagrados deberes de su carácter; pero desde otro punto de vista miraba las cosas humanas. Había tomado parte en tráficos más ó menos honrosos, y no vacilaba en cometer una seducción. Esto para él era lo de menos, lo que le preocupaban eran las consecuencias de la seducción.

Hacia dos meses que había tratado de atraer á su casa á la joven. Luego, cuando ella iba, muy inocentemente, á satisfacer su deseo, había renunciado á tal medio, comprendiendo que semejante intriga no podía llevarse á cabo en el centro de Marsella. Así, poco á poco, llegó á que-

rer arriesgarlo todo, como atrevido jugador; aumentaba su pasión, que no le dejaba sosegar, consentía en cambiar su posición influyente por el libre y entero culto de una mujer; prefería robar á Clara y huir con ella á Italia.

Demasiado astuto é inteligente era Donadei para no reservarse la retirada. Si la joven hubiese acabado por estorbarlo, la habría arrojado á un convento, recobrando la gracia del cardenal su tío. Todo bien calculado y examinado, un rapto le pareció lo más cómodo, el mejor medio, y el que menos peligros ofrecía.

Una sola cosa temía: que Clara no acudiese á la cita, que rehusara fugarse con él. Entonces la cartita era un arma terrible: no tenía á la mujer y podía perder su posición. Pero cegábale el deseo, no veía el tranquilo candor de su hija de confesión, tomaba la adoración que á Dios dirigía por muchas confesiones de amor.

Sin embargo, no le faltaban temores, arrepentíase de haber adelantado hasta el punto que era imposible retroceder. Despertábase su prudencia, su cobardía. Esperó impaciente la vuelta del macero.

—¿Qué hay?—preguntó.

—He entregado el libro.

—¿A la señorita?

—A la señorita.

El macero respondió así sin vacilar. Por el camino sintió haber dado el devocionario á Mario, comprendió que no había cumplido como debía y, para no perder el favor del cura, resolvió mentir.

Esto tranquilizó algún tanto á Donadei. Pensaba que, si la lectura de la carta acaso enojara á la joven, la quemaría. Una simple casualidad, un olvido, había apresurado un desenlace que buscaba desde mucho tiempo. Ahora no quedaba otra cosa que esperar.

La mañana siguiente, recibió la visita de una dama tapada, cuyo rostro no pudo distinguir. La dama le entregó una carta, en la que no había más que tres palabras: «Sí, esta noche». Donadei enloqueció de alegría é hizo los preparativos del viaje. La dama era Clairon.

Cuando fué á reunirse con el maestro, dijo:

—Es guapo ese cura.

—Mejor—replicó Sauvaire.—Pero no hagas locuras, hija mía; piensa que vas á ganar el paraíso.

A las nueve y media, Clairon y Sauvaire ya estaban en la calle del Pequeño Taller. Andaban despacio, deteniéndose á cada paso, como esperando.

Clairon, con un vestido negro, de lana estaba completamente tapada. Sauvaire estaba disfrazado de mozo de cordel.

Dijo de pronto:

—He aquí á Mario.

—¿Estáis listos? ¿sabéis vuestros papeles?—preguntó el joven.

—¡Por supuesto!—respondió Sauvaire.—Ya veréis como representaremos la comedia... ¡Buena es la broma! Tendré para reir seis meses.

—¡A casa del cura! aquí os esperamos. ¡Prudencia! Sauvaire fué á llamar al domicilio de Donadei, el cual abrió en persona, ya vestido de viaje.

—¿Qué queréis?—preguntó el cura, viendo á un hombre.

—Aquí vengo acompañando á una señorita,—respondió el fingido mozo de cordel.

—¡Bueno! ¡que entre en seguida!

—No quiso llegar hasta la puerta.

—¡Ah!

—Me ha dicho: Diréis á ese caballero que prefiero subir desde luego al coche.

—Aguardad: tengo que llevarme alguna cosa.

—La señorita tiene miedo, está sola esperando.

—Entonces corred, decidle que si la silla está en la esquina de la calle de los Tiranos... Que suba. Allí estaré en cinco minutos.

Donadei cerró aprisa, y Sauvaire púsose á reir para sus adentros. Encontraba el lance chistosísimo.

Volvió á la calle del Pequeño Taller, donde le esperaban Clairon y Mario.

—Todo va bien,—dijo,—el cura cae en el garlito con admirable inocencia... Sé donde está la silla.

—La ví cuando llegué,—dijo Mario.

—El padre estará aquí en cinco minutos: no hay tiempo que perder.

Los tres se deslizaron á lo largo de las casas, bajaron por la calle de la Cordelería hasta llegar á la de los Tiranos. Distinguieron en la sombra, la silla de posta

enganchada, cargada, pronta á marchar al primer chasquido del látigo. Mario y Sauvaire fueron á ocultarse en el hueco de una puerta. Clairon permaneció en la calzada, delante de ellos.

Esperando al cura, Clairon y Sauvaire bromeaban en voz baja.

—No me querrá,—decía la moza;—me soltará á la primera parada.

—¿Quién sabe?

—Es guapo. Yo me temía que fuese un viejo.

—¿Qué, te has enamorado del cura?... yo no soy celoso, pero si te marchas con él tan á gusto, tendrías que devolverme los mil francos que te dí para representar el sainete.

—¡Los mil francos! y si me deja, ¿no tendré que pagar el viaje de vuelta?

—Lo he dicho por broma, querida; nunca pido la devolución de lo que le he dado. Además, me divierto con mi dinero.

Intervino Mario. Repitió sus instrucciones á Clairon.

—Haced lo que os he recomendado,—dijo.—Haced lo posible para que no descubra el engaño hasta á algunas leguas de Marsella. No habléis, representad el papel como artista... Tan pronto como todo lo haya descubierto, obrad con franqueza, decidle que tengo su cartita en mi poder y que estoy decidido á llevarla al señor obispo si os sucediera el menor mal ó si él volviese á parecer por aquí... Aconsejadle que busque fortuna en otra parte.

—¿Podré volver en seguida á Marsella?—preguntó Clairon.

—Sí, por cierto. Lo que quiero es que se vaya de la ciudad, poniéndole en ridículo para siempre. Habría podido hacerle echar de la iglesia por sus superiores: más me agrada esta venganza.

Sauvaire reía como un loco, pensando en la escena que tendría lugar entre Donadei y Clairon.

—Querida, dile que estás casada, y que sin duda tu marido te busca por todas partes para entablar causa de adulterio... ¿Quieres que corra tras de vosotros para darle un susto atroz?

—¡Silencio!—dijo Mario.—Creo que ya viene. Vuestro

papel, Clairon. Colocóos delante de la portezuela del coche.

Sauvaire y Mario desaparecieron totalmente en su escondite. Clairon, tapada, vestida de negro, púsose en la sombra que proyectaba la silla.

Era en efecto Donadei, que llegaba jadeante. Vestía de paisano muy elegantemente.

—¡Querida, oh querida Clara!—dijo besando emocionado la mano de Clairon,—¡cuán buena habéis sido!

—Clara, Clairon, casi es lo mismo,—murmuró Sauvaire.

—Dios os ha aconsejado,—segufa el cura, empujando suavemente á la moza hacia el coche.

Subió tras ella, diciendo:

—¡Vamos al cielo!

El postillón hizo chasquear el látigo y la silla de posta comenzó á rodar con estruendo.

Salieron Sauvaire y Mario, que no podían tenerse de risa. Mario, dijo:

—El cura se lleva la pareja digna de él.

—¡Buen viaje, padre!—exclamó Sauvaire.

Cuando hubo desaparecido la silla de posta, el maestro y el joven empleado bajaron lentamente por la calle de la Cordelería, departiendo alegremente. Sauvaire, dijo:

—Aquí para entre nosotros: Clairon es fea; lo menos tiene cuarenta años.

Tenía prisa para llegar á la Cannebière y contárselo todo á sus amigos. Mario, más serio, pensaba que el cura no merecía otra cosa.

A las doce, todos sabían en Marsella que el padre Donadei acababa de robar, en una silla de posta, á Clairon, ramera que, hacia quince años, arrastrábase por todas las orgías de la ciudad.

Repetían con fruición la frase del cura al subir al coche:

¡Vamos al cielo! Sabían que había besado la mano de la muchacha.

Tampoco Sauvaire, sin embargo, conocía los hechos en su origen, y comprendiendo que sería más sabroso el saínete si el padre aparecía enamorado de Clairon, vieja, arrugada, amarillenta, gastada, sin vergüenza, y de todos conocida. El asombro fué general, atroz el ridículo.

Sauvaire había sido el último amante de Clairon; á él, pues, se la había robado Donadei. Todo el día siguiente á

la noche del rapto, paseábase Sauvaire por la Cannebière, recibiendo con cómica gravedad los pésames de sus amigos. No le pesaba haber gastado mil francos por tal divertimento.

El escándalo espantoso fué cuando, dos días después, vieron volver á Clairon. Sauvaire le compró un traje de seda y la hizo pasear una semana entera por Marsella, en coche abierto. Todos los miraban al pasar, acudían las mujeres á la puerta de su casa para verlos.

Había ido la muchacha hasta Tolón. Donadei no tardó en ver á la mujer que robaba; hábale acometido una rabia terrible y había querido arrojar á la ramera al camino, á la una de la madrugada, lejos de toda habitación.

Pero Clairon no se turbaba fácilmente. Había hablado muy alto amenazando al cura, empleando las armas que Mario poseía. Donadei, temblando de cólera, obligado á obedecer, había debido llevarse á su compañera á Tolón, donde se separaron, ella para volver á Marsella, el cura en dirección á la frontera.

Sauvaire, tanto hizo pasear á su querida y levantó tal polvareda, que se alarmó la autoridad y por influencias del señor obispo, enviaron á Clairon á ejercitar el poder de sus atractivos á otra parte.

Desde entonces el maestro, en sus momentos de desahogo, es decir, diez ó doce veces cada día, iba diciendo á los que querían escucharle: ¡Si supiérais qué preciosa mujer he tenido por querida!... ¡los curas me la han quitado!

XIX

El rescate de Felipe

El día siguiente al del rapto, Mario fué á su despacho satisfecho de su expedición de la víspera.

Acababa de salvar á una honrada familia de la desesperación y de librar á la ciudad de un intrigante, del cual tenía que quejarse personalmente. Con la conciencia tranquila, iba á empezar su tarea, cuando le dijeron que el señor Martelly le quería hablar.

Dirigiéndose al recibidor, de pronto decidióse á pedir á su patrón el rescate de Felipe. Tal decisión le hizo temblar. Sentía que nunca daría tal paso sino en una especie de arrebato. Ya que iba á ver al señor Martelly, era inútil esperar más, mejor era arriesgarse en seguida.

Encontró en el recibidor al señor Martelly y al padre Chastaneir. El armador, estaba pálido, la cólera pintábase en sus ojos.

Dirigióse apresuradamente al empleado, y le dijo:

—Sois un muchacho valiente y honrado, y no he querido obrar, en una grave circunstancia, sin pedir vuestro consejo.

Chastaneir parecía avergonzado y triste.

Martelly dijo á Mario, indicándole al sacerdote:

—Acabo de saber por el señor una innoble tentativa que me saca de mis casillas.

—Calmáos, por favor, — interrumpió el cura, — no me

hagáis arrepentir de haber cumplido con mi deber de hombre honrado avisándoos... Espero haberme alarmado sin razón.

—No estaríais aquí, señor, si vuestras sospechas fuesen infundadas. Os agradezco el paso que habéis dado, comprendo los sentimientos de dignidad que os han traído á mi casa, y concibo también el último esfuerzo que hacéis para defender al infame...

Volvióse el armador á Mario, y prosiguió con tono áspero:

—Figuráos que en este momento un cura trata de deshonrarme... El señor acaba de aconsejarme que vigile á Clara. Me dijo con mil reticencias que el cura Donadei ejercita sobre ella un poder peligroso y que temía... ¡Ay! si el canalla empañó la pureza de la niña, le mataré como á un perro.

Chastaneir bajó la cabeza. No se arrepentía por lo que había hecho: era un deber; pero quedaba anonadado ante la explosión de la cólera del señor Martelly. Fué calmándose poco á poco el armador. Después de un breve rato de silencio, continuó:

—Antes de obrar quise consultar á un hombre sereno y cuerdo y os he llamado, Mario... En el primer momento, tuve ganas de ir á casa del tal cura y abofetearle. Tal vez puédesse hacer algo mejor. Vamos á ver: ¿qué haríais en mi lugar?

—Haría lo que ya he hecho,—respondió Mario sonriendo, y refirió el rapto de Clairon.

Desde las primeras palabras, hablando el joven de la conversación que había tenido con Clara á propósito del devocionario, Martelly le estrechó la mano con transporte. La certeza de que su hermana había atravesado el peligro sin conocerlo siquiera, le llenó de alegría. Regocijóse con el lance de Clairon, y el mismo Chastaneir no pudo reprimir una sonrisa.

—Mi agradecimiento es inmenso y ansío probároslo de alguna manera.

Llevó á Mario aparte y le miró fijamente como para alentarle.

—¿No tenéis algún secreto que confiarme?—le preguntó en voz baja.

Mario se turbó.

—Sois un niño,—continuó Martelly,—pero Josefina me lo ha dicho todo. Esperad: voy á firmar un talón de quince mil francos, que podéis cobrar en seguida en la caja.

Mario, al oír aquellas palabras, quedó como atontado. Palideció, las lágrimas se le saltaron de los ojos.

¡Cómo! sin que lo pidiera, le ofrecían la cantidad que con tanto afán buscaba, la cantidad que era su continua pesadilla: creía soñar.

Escribiendo el talón, Martelly levantó la cabeza y preguntó:

—¿Es eso? ¿son quince mil francos los que necesitáis?

Mario salió de su estupor, juntó las manos y dijo con voz temblorosa:

—¿Cómo sabéis mis secretos pensamientos? ¿Qué he hecho yo para merecer tamaño beneficio?

—No os diré: Me lo ha dicho el dedo meñique... pero, la verdad, he recibido la visita de una hada. Ya os he dicho que la señorita Josefina vino á verme.

El joven lo comprendió todo y en su corazón agradeció ardientemente al buen ángel, no tan sólo por haberle salvado la vida, sino también por haber trabajado para devolverle la tranquilidad.

No sabía si echarse á los pies de Martelly ó correr á echarse á los de Josefina.

—Pero,—exclamó Mario,—no sé cuando podré reembolsaros tan crecida cantidad.

—No corre prisa,—respondió el armador.—Me habéis prestado grandes servicios, tal vez acabáis de salvarme el honor. Entre nosotros no debe tener lugar la fea palabra de deuda y esto no impide que mi agradecimiento no tenga límites. En esta ocasión los quince mil francos son una prima, una parte que os debo en los beneficios realizados con vuestro concurso.

—¿Sabéis en qué emplearé este dinero?—preguntó Mario.

—Tal vez lo sepa, pero sois enteramente dueño de emplearlo como os parezca conveniente.

Chastanier intervino, y dijo:

—No rehuséis, amigo. Yo conozco vuestros proyectos y afirmo que son loables.

—Aquí está,—dijo el armador:—os aconsejo cobrar en seguida.

El joven, después de haberle dado las más calurosas gracias, iba á retirarse, cuando Martelly le dijo:

—Todavía no estáis muy bueno: descansad una semana. Trabajaréis después mejor.

Quería darle el tiempo de partir á Aix. Mario lo adivinó, corrió á la caja. Con los quince mil francos en el bolsillo, bajó rápidamente la escalera, y después echó á correr como un loco. Iba á casa de Josefina.

La ramilitera estaba en su cuartito de la plaza de los Huevos. Mario entró riendo y bailando: abrazó á la joven sin miramiento alguno. Luego depositó en la mesa los quince billetes de banco. Josefina, asombrada, casi asustada por la manera extraña, como se había presentado el joven, se echó á reír y comenzó á palmoear.

Entonces tuvo lugar entre los dos amantes una encantadora escena de ternura, agradecimiento y efusión. Mario gritaba que era un imbécil y que sólo ella lo había salvado todo. La besaba las manos, se ponía de rodillas, mirándola enternecido. Josefina, ruborizándose, se defendía calurosamente, queriendo probar que no merecía siquiera que le diesen las gracias.

Durante casi seis meses, habíanse entregado ambos á una tarea penosa, en vano habían llamado á todas las puertas. Ahora el rescate de Felipe estaba conseguido: olvidaban sus miserias y sus terrores, las vergüenzas y las villanías con que habían tropezado. En su corazón no había ahora más que dicha y gozo sin nubes.

Antes de separarse fijaron para la mañana siguiente su viaje á Aix.

XX

La evasión

Al día siguiente á las siete, Mario fué á alquilar un birlocho, pues no quería tomar la diligencia. Tenía necesidad de un coche para la fuga, y prefería proporcionarse en Marsella el vehículo que, después de llevarle á Aix, conduciría á su hermano. La víspera se había entendido con un capitán de barco, el cual conduciría á Felipe á Génova.

Mario y Josefina partieron á las nueve. El joven guiaba, siendo aquello una verdadera fiesta para los dos amantes. A la subida de la Viste, se apearon y corrieron por la carretera como niños, dejando al caballo andar libremente. Almorzaron en Septèmes, en un cuartito de posada, y á los postres formaron mil proyectos para el porvenir. Como Felipe iba á ser libre, podían pensar en su matrimonio. Se enternecían; veían llegar la hora en que se amarían en paz.

No menos alegre fué el resto del viaje. Hacia las doce, pasaron por delante de la finca de Albertas, deteniéndose nuevamente para dejar descansar el caballo, y al mismo tiempo descansar ellos debajo de los árboles, á la derecha del camino. Entraron en Aix á las tres, pero era demasiado temprano: para no despertar sospechas, querían ir á la cárcel al anochecer. El joven dejó el birlocho al cuidado

de su compañera; en una calle desierta, yendo después á llamar á la puerta de su pariente Ismard. Este hizo colocar el coche en el almacén, prometiendo conducirlo á media noche á lo alto de la subida del Arco. Los dos jóvenes, una vez tomadas todas las precauciones, se escondieron hasta la noche. Mientras Mario volvía con Josefina á la tienda de Ismard, donde debían esperar la noche, casi tropezó con el señor Cazalis, en la esquina de una calle. Bajó la cabeza y anduvo rápidamente; el diputado no le vió, pero el joven se desesperaba por aquel encuentro; fué acometido de zozobra; temió que alguna nueva desdicha impidiera, en el último momento, el feliz éxito de su tarea.

Sin duda, el señor Cazalis estaba en Aix para apresurar su venganza, y tal vez se había salido con la suya.

Hasta la noche Mario estuvo calenturiento, ocurriéndosele las más extrañas ideas: ahora que tenía el dinero, recelaba otros obstáculos. Por fin, llegaron á la cárcel. Eran las nueve. Llamaron á la maciza puerta, un paso recio se aproximó y una voz gangosa les preguntó qué deseaban.

—Somos nosotros, tío,—dijo Josefina.—Abridnos.

—Abridnos pronto, señor Revertégat,—murmuró Mario.

La voz contestó:

—El señor Revertégat no está aquí; se encuentra enfermo.

Cerróse el ventanillo; Mario y Josefina quedaron mudos y aterrados ante aquella puerta cerrada.

La primera en reanimarse fué Josefina.

—Vamos á ver á mi tío,—dijo.—Debe de estar en casa de una de sus primas, en la calle de Nevara.

—¿Para qué?—dijo Mario.—Todo está perdido.

—No, no; vamos allá.

El la siguió, descorazonado; ella andaba animada: no creía posible que fuera tan cruel la casualidad.

Revertégat estaba, efectivamente, en casa de su prima. Guardaba cama desde hacía quince días. Cuando vió entrar á los dos jóvenes, comprendió á lo que iban. Se incorporó, besó á su sobrina en la frente y dijo sonriendo.

—¿Ha llegado ya la hora?

—Fuimos á la cárcel,—dijo la joven,—y nos han dicho que estabais enfermo.

—¡Ay! ¿por qué no habéis avisado?—dijo Mario con dolor.—Nos habríamos apresurado.

—¿Cómo lo haremos ahora que no sois el carcelero?—preguntó Josefina.

Revertégat les miraba sorprendido.

—¿Por qué afligiros tanto?—dijo por fin.—Es cierto que estoy delicado; solicité una licencia, pero no por eso perdí el empleo: estaré á vuestra disposición mañana por la noche, si queréis.

Mario y Josefina sonrieron de júbilo.

—El hombre que os respondió,—continuó Revertégat,—ha sido encargado de reemplazarme durante algunos días. Mañana por la mañana volveré á ocupar mi puesto: ya puedo salir á la calle sin peligro. Además, corre prisa.

—¡Ya sabía yo que no debíamos desesperarnos!—exclamó la ramillettera.

Mario temblaba de emoción.

—Fué acertado venir hoy á verme,—dijo el carcelero.—Supe esta mañana que el señor Cazalis está en Aix y que hace esfuerzos para apresurar el día de la exposición pública... Dicen que logró que tuviera lugar dentro de tres días. Si el señor Felipe no huye mañana por la noche, yo no podré ya serviros, pues, pasado mañana, el prisionero será trasladado á la cárcel de Marsella.

Mario se estremeció. Había llegado á tiempo. Se citaron para el día siguiente, por la noche. Después corrió á avisar á Ismard, diciéndole que la evasión estaba aplazada para el día siguiente.

Los dos jóvenes permanecieron ocultos hasta las diez de la noche: á las once se efectuaría la evasión. En seguida se dirigieron á la cárcel: Revertégat les abrió sigilosamente y les hizo entrar.

—Todo está listo,—dijo.

—¿Está prevenido mi hermano?—preguntó Mario.

—Sí... Tuve que tomar precauciones. Para atenuar mi responsabilidad, ha de parecer que el prisionero se ha fugado por la ventana.

—Bien pensado,—dijo Josefina.

—He aquí cómo. Por la tarde, entré en la celda del señor Felipe y aserré uno de los barrotes.

—¿Es preciso que mi hermano salga por la ventana?—preguntó Mario inquieto.

—Nada de eso; vamos á buscarle. Saldrá con nosotros por la puerta... Yo sacaré el barrote y ataré á la reja un pedazo de cuerda. Mañana creerán que se fugó por allí el prisionero... Yo pediré mi dimisión, es cierto, pero me evitaré grandes molestias.

Revertégat encendió un farol de ronda, y los tres fueron á la celda de Felipe. Le encontraron en pie, pronto á marchar. Mario apenas pudo reconocerle, tanto había enflaquecido y perdido el color. Se abrazaron en silencio para evitar el menor ruido. Dirigióse á la ventana el carcelero, separó el barrote y anudó la cuerda. Josefina había quedado en el pasillo para vigilar. Volvieron los cuatro por los estrechos corredores, deslizándose á lo largo de los muros, temiendo tropezar en la sombra.

Mario no había soltado la mano de Felipe. Ya cerca de la salida, echó á su hermano un gabán de marinero sobre los hombros, ocultándole la cabeza con la capucha, y quiso alejarse en seguida. Ahora, sin embargo, temía fracasar. Estremeciase al menor ruido. Mucho le costó á Revertégat hacerle soportar con paciencia una espera de diez minutos, pues temía que el ruido de sus pasos hubiese dado el alarma, y no quería abrir sino con entera seguridad. En la cárcel reinaba el más profundo silencio. Entonces se decidió á descorrer los cerrojos.

Los dos hermanos salieron apresuradamente, dirigiendo sus pasos á la plaza de los Predicadores. Josefina quedóse atrás un momento, para entregar el dinero á su tío. Reunióse con sus compañeros en el instante en que entraban en la callejuela de San Juan.

Tomaron luego el boulevard, andando entre la sombra de los árboles. Quedábales un solo temor: era preciso salir de la ciudad, cuyas puertas estaban custodiadas por guardas encargados de abrir á los que llegaban tarde, y temían ser descubiertos y detenidos.

Andando, miraban recelosos á su alrededor, desconfiando de los pocos transeuntes que á su paso encontraban.

Cerca de la calle de las Carmelitas, notaron que un hombre seguía sus pasos.

Les alcanzó, y dió un amistoso golpecito en el hombro de Mario.

—No me equivoco, sois vos, mi joven amigo. ¿Qué dia-
lo hacéis á estas horas en el Cours?

Mario, acometido por una sorda cólera, ya cerraba los
puños, cuando reconoció la voz del señor Girousse.

—Me estoy paseando...—respondió con acento inseguro.

—¡Vamos! os paseáis...

Miró á Josefina, pero más se fijó en Felipe, envuelto en
el gabán.

—Yo conozco á ese,—murmuró.

Y añadió:

—¿Queréis que os acompañe? Parece que deseáis salir
de Aix, y las puertas no se abren para todos. Yo conozco
á un guarda. Vamos.

Mario aceptó agradecido. El señor Girousse hizo abrir
la puerta sin dificultad. No dirigió ni una palabra á los jó-
venes. Cuando estuvieron en la plaza de la Rotonda, es-
trechó la mano de Mario.

—Volveré á entrar por la puerta de Orbitelle,—dijo.—
¡Buen viaje!

Y murmuró para sus adentros:

—Mañana será cosa de ver la cara que pondrá Cazalis.

Mario miró con emoción alejarse aquel hombre genero-
so, que ocultaba su bondadoso corazón bajo formas áspe-
ras y desabridas.

Ismard esperaba á los fugitivos en el birlocho. Felipe
quiso conducirlo, para que le diese de lleno el aire de la
noche. Sentía un goce particular experimentando el mo-
vimiento del ligero vehículo entre la sombra. La rápida
carrera le hacía disfrutar mejor las delicias de su libertad.

Llegaron después las efusiones, las confidencias. Josefi-
na y Mario confesaron su amor á Felipe, y cuando habla-
ron de su próximo enlace, entristeciése éste, pensando en
Blanca.

Mario lo adivinó; le dió noticias de Blanca, y prome-
tió velar por ella durante su ausencia. Iba, además, á
ocuparse activamente en alcanzar su gracia. Ni él, ni
Josefina, dejarían de pensar en el desterrado.

Al día siguiente, Felipe, apoyado en la banda del barco
que le conducía á Génova, tenía fijos los ojos en la costa
de San Enrique. Más allá de las azules olas, velase como
una mancha gris: era la casa donde la desgraciada Blanca
lloraba su triste suerte.

TERCERA PARTE

I

El complot

Cerca de dos meses después de la evasión de Felipe, en
una tranquila tarde de Febrero, Blanca se paseaba lenta-
mente. Iba á anochecer. El mar estaba apenas agitado por
el viento de la noche ya próxima. Lo templado de la ve-
cina primavera percibíase en el aire límpido.

Bajo el cielo azul del mediodía hay tardes de invierno
casi tan calurosas como las de verano.

Andaba la joven á lo largo del acantilado, mirando có-
mo la noche crecía, tñiendo las aguas de azul casi negro,
cuyos quejidos iban dulcificándose.

Estaba muy cambiada. Apenas tenía diecisiete años, y
la terrible fatalidad la doblegaba, la hacía palidecer como
una difunta. El vigor, la vida ligera y descuidada ha-
bían desaparecido en un mar de lágrimas. Aproximába-
se la época en la cual iba á ser madre, y andaba débil,
vacilando, oprimida por su desesperación más que por
el peso del niño.

A algunos pasos de distancia, la seguía una mujer seca
y tiesa, como un guardián sigue á un galeote. No la perdía
de vista, vigilaba todos sus movimientos. Aquella mujer
era una nueva aya, que el señor Cazalis había dado á su
sobrina hacía pocas semanas. El diputado estaba entonces
en Marsella, á donde había acudido al saber que se aproxi-